LAURI-VOLPI: UN DIVO INDISCUTIBLE

A los 10 años de su muerte

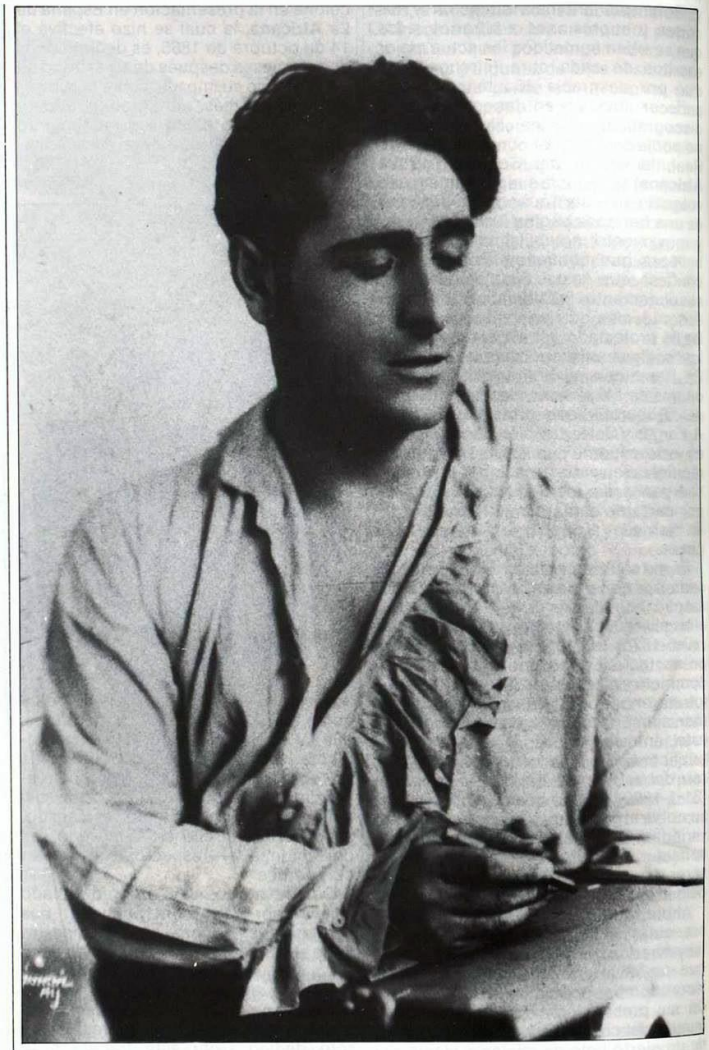
Por Jaime Alvarez Buylla

Para escribir unas cuartillas no basta con tener buena memoria; recordar bien es preciso, pero no resulta suficiente. Hay que tener cosas originales que contar. Cuando se cumplen diez años de la muerte de Giacomo Lauri-Volpi, me propongo evocar someramente lo que sé de aquella gran personalidad en la que se aunaban excepcionales dotes de artista y de escritor, con quien me unió una íntima amistad. Mantuve con Lauri-Volpi una copiosa correspondencia, que conservo como testimonio de entrañable amistad.

Perfil vocal

Una vida larga y feliz; un tenor cuya voz no conoció la decadencia; un hombre penetrante de sensibilidad y gran cultura. Así podía definirse la personalidad artística de Lauri-Volpi, el gran cantante romano cuya voz constituye uno de los fenómenos —no ya artístico, sino físico— de la historia de la ópera. Milagro de una voz que a los 81 años fue capaz de grabar un disco —que obtuvo el Premio Nacional del Disco en Italia— con las arias más difíciles y diversas en estilo del repertorio romántico y verista. Voz asombrosa, de increíble extensión, poderío y frescura; aclamado por los públicos en los grandes escenarios del mundo, desde la Ópera de Roma, que él inauguró con el **Nerone,** de Arrigo Boito. En el Metropolitan de Nueva York hizo el estreno americano de **Turandot;** en la Scala de Milán se presentó con un inolvidable **Rigoletto,** bajo la dirección de Toscanini; en el Municipal de Río de Janeiro cantó por primera vez **Cavalleria Rusticana,** dirigida por el propio Mascagni.

Una voz de recursos excepcionales y un temperamento idóneo para la escena operística. Su voz se distinguía por lo que más se ha apreciado entre los admiradores del "bel canto" y el estilo verista: la claridad, luminosidad y potencia en los agudos. El dominio del registro vocal brillante fue la principal de sus armas, pero no la única. Con su temperamento expansivo, su dicción apasionada y su fraseo emotivo y colorista encendió el entusiasmo de todos los públicos, creando la imagen del tenor auténtico, tanto lírico como dramático, fiel a la más ortodoxa escuela italiana de canto. La carrera artística de Lauri-Volpi fue verdaderamente estelar, impulsada por su vitalidad temperamental y el poderoso hechizo de su voz, que hizo escribir a un crítico de Nueva York después de una función del Metropolitan: "No se había admirado una mejor interpretación de **El Trovador** desde los tiempos de Caruso, ni un cantante con tanto brío ni tanto anhelo expresivo". Por ello es reconocido como uno de esos misterios de la voz humana, inmarcesible. Recordemos su retirada oficial con aquel **"Trovador"** emocionante en 1959 y su triunfal e inesperada presentación con motivo del 125 Aniversario del Liceo de Barcelona de 1972. Voz arrolladora, de brillante timbre, bellamente equilibrada, con un soberbio legato y luminosidad en las notas altas, lo que ha hecho de él uno de los más grandes tenores de todos los tiempos, que abarcó el repertorio completo: ligero, lírico-spinto, heroico y dramático. Caso verdaderamente extraordinario de longevidad vocal, él mismo nos aseguraba que el secreto de aquella perenne incorruptibilidad radi-



Giacomo Lauri-Volpi.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012

caba "en el gozo, en la alegría, en cantar para la propia felicidad conseguida de la visión de un más allá presentido en el ejercicio del canto". Y para ello había que dar libertad a la voz, no encerrarla en la caja torácica, sustraerla a las involuciones de la respiración artificiosamente sacrificada. En definitiva, liberar el corazón y el cerebro. La libertad, la firmeza, la naturalidad, la extensión de la voz de Lauri-Volpi, fueron una consecuencia del entusiasmo y nobleza de su espíritu. El erudito lírico guipuzcoano Francisco Ferrer dice: "La voz de Lauri-Volpi era un brillante, no tiene nota sorda." En suma, como afirma Rodolfo Celleti, la voz de Lauri-Volpi "era una tromba d'argento puro".

Perfil biográfico

Giacomo Lauri-Volpi, italiano de nacimiento pero español de adopción, nace en Lanuvio el 11 de diciembre de 1892, y tras una infancia atormentada y llena de tristezas materiales y espirituales, cursa jurisprudencia en la Universidad de Roma, donde obtiene el grado de Doctor. Participa en la Primera Guerra Mundial, como oficial de complemento, y llega a alcanzar el grado de capitán por méritos en campaña. Debuta en Viterbo, septiembre de 1919, con **Los Puritanos,** obteniendo un gran éxito. Inicia así una de las carreras líricas más importantes y prolongadas de todos los tiempos.

Actuó con los mejores artistas, simultaneando las diferentes óperas; como tenor interpretó todas las obras del repertorio, desde **El Barbero de Sevilla,** con Tita Rufo como barítono, hasta el **Otelo** verdiano (Scala de Milán 1941), con María Caniglia y el barítono Bassiola. Aborda el dificilísimo **Guillermo Tell,** que resucitó en 1930, alcanzando uno de los más resonantes triunfos en la Scala, comprobado discográficamente en la grabación —verdadera joya para los coleccionistas de discos en su romanza "O muto asil del pianto"— editado hace años por el Tima-Club.

Al mencionar este **Guillermo Tell,** "scagliero" de 1930 con motivo de su centenario, recuerdo con honda satisfacción a un ilustre gijonés que vive con su esposa una feliz longevidad. Me refiero a José Riera, voz de tenor formidable que, por motivos que no vienen al caso, se dedicó a los trabajos profesionales ajenos al canto.

En 1930, Riera, entrañable amigo de Anselmi, estudiaba en Milán. Vivía muy próximo a Lauri-Volpi, vecino a su vez de Ercole Casali, casado con la soprano española, María Llacer. Cuenta Riera que en aquellos días previos a la reposición de la famosa ópera rossiniana, tras largos años de ausencia de la Scala, los nervios de Lauri-Volpi hacían imposible que algunos días conciliase el sueño. Se fue pronto al teatro. Del patio de butacas, palcos, anfiteatro y

El tenor romano con el autor del trabajo.

paraíso trascendía un rumor sordo y continuado, como de colmena humana. El ambiente era apasionante. Asistían los críticos de Italia y muchos de otros países. Nos refiere Riera, aún emocionado después de 59 años, que Lauri-Volpi al entrar en escena, bajó lentamente la rampa, dando el brazo al padre; cruzó entre la multitud alegre, reunida en las afueras de la casa de Guillermo. Y llega el terrible dueto, donde la voz de Arnoldo, de casi veinte años ardiendo en juventud y amor a la patria, sale de una fuente pura, llena de luz, espléndida y armoniosa, que había de ser capaz, de vibrar, de subir altísima. "¡Ah, Matilde, —dice el tenor— yo te amo, es cierto, pero debo partir!". Las palabras cantadas con una voz de belleza indescriptible, llenaban la sala en una oleada sonora y brillante. Creían los espectadores tener la sensación de navegar en un mar de sonidos. Al llegar con el "crescendo" de tonalidad en las cumbres de la escala, con fuerza, belleza y espontaneidad, cuando se repite la frase "¡Ah Matilde, io t"amo!", Lauri-Volpi lanza unos agudos impresionantes en el vasto azul del cielo helvético; el público interrumpió en este momento el dúo en tumultuosa ovación, tanto más apasionada cuanto más había estado reprimida. Lauri-Volpi, tuvo que apoyarse en las paredes de la casita de Guillermo, para no perder el equilibrio. El dúo con la soprano Bruna Rasa, bellísima figura y cálida voz, se llevó a cabo con la línea melódica de Rossini que hace cantar sobre los Do agudos; el terceto, con Benvenuto Franci y el sólido bajo Tancredi Pasero, cantado en la tonalidad del texto, es verdaderamente terrible y aquel martilleo del tenor, sin respiro, "¡o ciel, o ciel, mai piú ti rivedró!" transcurrió con éxito a pesar de su dificultad, donde parece extraer la voz tanto del corazón como de la garganta, en páginas musicales terribles. La romanza triunfo clamorosamente, el concertante en canto de paz y alegría. "Puedo decir —manifestaba Riera— que aquel **Guillermo Tell,** representado en la Scala para conmemorar el centenario de la ópera, tuvo un triunfo histórico, escrito con letras de oro, como reflejó la crítica en entusiasmada apoteosis imperial". Ésta es versión que nos proporciona José Riera, resulta de gran interés. Cuando el artista penetra en el corazón del público, canta con la verdad, con el espíritu.

No debo soslayar tampoco de tan ilustre gijonés la amistad que le unió a Giuseppe Anselmi, tenor que revolucionó al aficionado español con su **Manon,** modelo de alto magisterio. A su muerte se mandó su corazón a Madrid, conservado en un frasco de cristal, en el Museo del Teatro Real. Como bien señala Torregrosa, expertísimo en temas de Lauri-Volpi, Anselmi, a ruego del empresario del Teatro Real para que enviara algún recuerdo suyo para el Museo, le escribió una carta, con fecha 12 de junio de 1925, que le decía: "Aún vivo. Mi pecho alberga todavía esa dinamo muscular e impulsiva que llamamos corazón; en él están grabadas con indelebles características las palabras "España, Fe, Gratitud, Amor". Dicto disposiciones testamentarias para que tú lo deposites junto al busto del *divino Gayarre.* El corazón de Anselmi lo transportó Riera desde Italia al Teatro Real de Madrid.

En 1934, Lauri-Volpi comenzó su labor literaria, simultaneándola con la precipitada vida de un artista lírico. Ha publicado nueve libros de los diferentes temas, sobre las características y pedagogía vocales; otros de fondo histórico y ensayos referidos al ambiente y costumbres españolas.

Papini, gran administrador no sólo de la voz, sino también de la pluma de este artista, en el epílogo del libro volpiano "Misterios de la voz humana",

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012

dice: "El primero y original creador de una filosofía del Canto, reveladora de los más altos misterios de la voz humana". A sus grandes amigos españoles, prestigiosos médicos, Tapia, Marañón y Jiménez Díaz, que amaban el canto con apasionada exaltación, les decía: "La ciencia, si es enemiga del Arte, es la voz de la materia que se ensaña contra el espíritu".

Admiró a muchos cantantes españoles, a los que ha dedicado excelentes trabajos de análisis. Recordamos, entre ellos, los nombres de María Malibrán, María Barrientos ("Voz sutil, extensa, virtuosa"), Ángeles Otein ("la sal española"), Elvira de Hidalgo ("toda fuego"), Mercedes Capsir ("Arrogancia y resistencia"), Victoria de los Ángeles ("gracia, elegancia, justeza de fraseo"). Montserrat Caballé ("adagios sostenidos sobre el hilo de un soplo"), Conchita Supervía ("vivacidad de acentos y gracia de expresión"). Y entre ellos, Manuel García, Julián Gayarre, Francisco Viñas, Hipólito Lázaro, Miguel Fleta ("voz completa: notas bajas, medias, altas, todas cálidas, aterciopeladas, flexibles, potentemente viriles. Voz única"), José Mardones ("instrumento vocal perfecto"), Alfredo Kraus ("modos señoriles, voz dúctil, extensa, segura"), Plácido Domingo ("temperamento controlado, grata presencia, voz cálida y convincente, timbre bellísimo")...

Igualmente ha sido un periodista amplio y colaborador asiduo de "L'Osservatore Romano" y del "Momento Sera", donde llegó a publicar centenares de artículos, demostrando su sincera vocación y educación humanística. En "La Voz de Cristo", uno de sus libros traducido al castellano, el gran tenor *canta* con estilo magnífico el mensaje maravilloso del Verbo. En su último libro, interesantísimo, "Parlando a María", su amante esposa, llora la ventura del feliz matrimonio, como un alma auténticamente dolorida.

Conoció a María Ros en Madrid, en 1920, interpretando con ella **Rigoletto** y, un año más tarde, después de las funciones de Oviedo, se hicieron novios en la gruta de Covadonga. Recordaba, en una de mis visitas a Burjasot, que en la temporada operística de Oviedo el público era entonces exigente, competente y peligroso. Inteligente y peligroso porque con Genovena Vix y Anselmi, artistas de renombre, había demostrado su competencia protestando las dos voces, no apropiadas para adaptarse a la interpretación de dos óperas como **Tosca** y **Rigoletto,** la primera, dramática; la segunda, virtuosista, para el tenor virilmente preciosista y despreocupada, fácil para el oído y difícil para la garganta. Sin embargo, María Ros y él, al tener noticias de estos antecedentes, se sintieron desconcertados y temerosos, pero la acogida que con anterioridad se les dispensó en el Teatro Real de Madrid disipó todo titubeo, por lo que accedieron a afrontar la prueba con confianza en sus fuerzas y con el vigor de aquella juventud. Me decía, emocionado, que su mujer nunca había interpretado una ópera tan rudamente realista como **Tosca,** y su "Vissi d'arte", originó el delirio, con fluida y luminosa voz, así como Lauri-Volpi arrancó manifestaciones de complacencia al auditorio en el "Adiós a la vida", que bisó. A su vez, **Rigoletto,** supuso para los dos intérpretes una verdadera consgración que se puede calificar de *histórica.*

Después de medio siglo largo, recordaba César San Narciso, ilustre músico asturiano —componente entonces de la Orquesta del Real en el Teatro Campoamor—, varios pasajes de aquellas óperas que presenció cantadas por este tenor que le han quedado grabados perennemente. Lo cual demuestra cómo el tiempo no llega a borrar de la memoria las imágenes estéticas que los auténticos artistas saben suscitar en el ánimo bien dispuesto a recibirlas. "Porque el canto —me decía Lauri-Volpi— es el vehículo del espíritu y el espíritu no está sujeto a debilidad y disolución, tanto más si el público sabe lo que escucha y no se deja engañar por la publicidad y la fama, no impidiéndole disfrutar el gozo del espíritu armonioso, que contrasta con la orgía bárbara de la llamada música ligera, que nace frecuentemente de las pasiones de la más baja naturaleza humana."

Lauri-Volpi estaba muy congratulado con la afición operística de Oviedo de la que era informado regularmente. Nos decía que "estábamos unidos en la vanguardia del renacimiento del bell canto, cuyo encanto es *conditio sine qua non* para que el alma asegure en nosotros la existencia de una realidad transcendente, sin la cual la vida no tiene significado y objeto".

Este hombre extraordinario quiso aparecer en público en la Plaza de Ariccia por última vez, en 1965, precisamente el día de su santo, 25 de julio, seis años después de su retirada definitiva de los escenarios con un triunfal **"Trovador".** La grabación pirata, tanto la ópera como el concierto, tiene un interés extraordinario. Precisamente en la Plaza de Ariccia había cantado siendo seminarista en su niñez. Ocurrió este hecho a los 73 años y a continuación del recital fue recibido con su esposa en audiencia especial por el Papa Pablo VI.

Sin embargo, en 1972 y con ocasión de cumplirse el 25 aniversario del Liceo barcelonés y del fervoroso homenaje a su empresario, Juan Antonio Pamias, con motivo de los 25 años de labor infatigable, participó Lauri-Volpi en esta especie de torneo canoro, luchando victoriosamente con 34 voces de las más cotizadas del momento. Tenía 79 años cumplidos. Cantó el "Nessun dorma" —también grabado primorosamente en disco y vídeo—, el más bello fragmento del tenor en **Turandot,** de Puccini, realizando su intervención con una voz fresca, potente y segura en los agudos. En esta noche mágica y ante este fabuloso artista de 79 años, el público recelaba, nervioso e impaciente; pero al surgir la voz libre, fluida, serena y recia, el auditorio no pudo esperar al final, interrumpiendo el Si natural de "vincero", con un clamor que a todo el mundo hizo vacilar de emoción profunda; los espectadores levantados de sus asientos proporcionaron al provecto

Con Giulio Neria y Maria Callas, en Turandot. ***Roma, 1952.***

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012

Lauri-Volpi la mayor ovación que jamás se haya escuchado en ningún teatro lírico.

Giacomo Lauri-Volpi, artista de raza y temperamento —un *león* de la lírica, como acertadamente lo calificó el ilustre crítico Fernández-Cid— fue decano de los tenores mundiales, inconmovible al paso del tiempo. Hasta su fallecimiento, a los 86 años, mantuvo magníficas facultades canoras, declarando él que nada debía a su garganta, ni a su técnica, sino a Dios el milagro de esta persistencia vocal. Y es que cuando cantaba, mejoraba las palabras, sublimaba el idioma y nos decía: "si se pudiera hablar con Dios, hablaríamos cantando".

En junio de 1977, a los 85 años, con motivo del homenaje que se le rindió en el Teatro Real de Madrid, auspiciado por Aquiles García Tuero y el director Jesús López Cobos, con participación, entre otros, de nuestros grandes artistas Pedro Lavirgen y Plácido Domingo, desplazado éste desde Londres para tal efemérides —también grabado en disco y vídeo— tuvo la valentía de cantar la conocida romanza de **Rigoletto** "La donna é mobile". Fue verdaderamente conmovedor aquel momento en que se hizo silencio y Lauri-Volpi comenzó a cantar. Al oír salir la voz, vibrante de timbre, libre, de una garganta de 85 años, el público tampoco pudo esperar el final. Aquello era como un sueño, ya que los espectadores no sólo aplaudían y gritaban, sino que se emocionaban y, al final, todo el mundo felicitaba al gran artista romano como si fuera un resucitado. Y es que un hombre a los 85 años es vocalmente un muerto, y un muerto que canta emociona a cualquiera.

Refiere Manuel Torregrosa, gran estudioso de la voz y personalidad del gran cantante: "Lauri-Volpi canta y canta, porque es una esencia puramente canora, caso único, irrepetible, en la lírica de todos los tiempos; una voz del 800 que llega casi al 2000, resonando entre el misterio y el milagro.

Perfil humano y religioso

Lauri-Volpi fue un ejemplo en muchos órdenes de la vida, generoso y desprendido. El insigne artista, en memoria de su mujer, regaló a la Cruz Roja Española, en 1971, un millón de pesetas. Creó varios concursos de Canto y es bien sabido los objetos preciosos que ha donado al Museo de Cerámica de Valencia y las obras de bien, verificadas tantas veces en silencio, en Burjasot y en sus alrededores.

Fue galardonado por Víctor Manuel III con la Orden de la Corona de Italia; con la Legión de Honor de Francia; con el Collar de Oro de la Academia Internacional Pontzen; miembro titular del Instituto de Cultura Hispánica; Escudo de Oro de la Ciudad de Novelda, y a poco de formarse artísticamente el coro "Capilla Polifónica Ciudad de Oviedo", su presidente, Arturo Alvarez-Buylla, lo nombra "Presidente de Honor".

En marzo de este año se descubrió un busto en honor a Lauri-Volpi en la Ópera de Roma. En la foto, a la izquierda, el señor Torregrosa, estudioso del tenor.

Fue, asimismo, miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, ocupando la vacante del Marqués de Lozoya, y su discurso de toma de posesión versó sobre "Las voces de los Césares". Este estudio, de gran calidad, coincide con la rápida enfermedad del artista, que en pocos días fallece. La recepción en la mencionada Academia fue post-mortem. Leyó el discurso el gran pianista valenciano Leopoldo Querol.

Es menos conocida una faceta importante de su vida, que fue el eje de su personalidad. Me refiero a su vivencia religiosa. Yo recibí un impacto importante al escuchar sus conocimientos religiosos, que eran fruto de sus lecturas ininterrumpidas y de sus creencias cada vez más profundas. Nos decía: "Yo estoy aquí, en Burjasot, de guardián de un sepulcro, el de mi María, como los legionarios romanos, sólo que aquellos se durmieron y yo no duermo." A Marino Gómez-Santos le decía "he llegado a la conclusión de que lo perfecto sería que Dios me llamara para reunirme con mi mujer, para encontrarla en la vida auténtica que espero, confiado en la misericordia del Señor. Pero antes de esto quiero yo que los científicos reconozcan que el fenómeno vocal mío no es fisiológico, sino espiritual. Es inútil que vengan a tomarme la presión arterial, que reconozcan mi capacidad torácica. Yo canto porque el Señor ha querido que cante".

La autenticidad de su espíritu cristiano, fino y delicado, lo tenemos expresado los ovetenses en una página autógrafa conservada en el Museo Teresiano de la Parroquia del Carmen, cuando se le pidió que escribiera algo sobre la gran Santa de Ávila, Santa Teresa de Jesús.

Después de la actuación del Liceo, febrero de 1972, ya relatada, declara ante los micrófonos: "Yo vine aquí, al Gran Teatro del Liceo, por un acto de Fe para demostrar la existencia de Dios."

Así era Lauri-Volpi: un artista, un caballero. La emoción de los que le escuchábamos se traducía en perplejidad, tanto cantando como hablando, porque la elocuencia iba pareja con el arte canoro y con la clara y deslumbradora sinceridad de sus juicios de condenación de un mundo ya no suyo.

Sirvan estas líneas de fervoroso recuerdo, en el décimo aniversario de su fallecimiento, a un hombre singular de extraordinaria personalidad. Él, italiano, amó tanto a España que sus restos, por expresa disposición, reposan en el pequeño cementerio de Godella, junto a los de su esposa, bajo el siguiente epitafio: "Giacomo Lauri-Volpi: Entrego mi cuerpo a España, mi corazón a Roma mía, y mi alma a Dios."

Falleció el 17 de marzo de 1979.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012